

XI

Evangelio de confianza

*Dejando todo a su providencia:
Mi cuerpo, mi alma y mi felicidad
(San Luis María de Montfort)*

De los diferentes aspectos de la perfecta Devoción a Nuestra Señora, hemos tratado ya entre otros, después de la Consagración que es la base práctica de esta vida mariana, el de la dependencia y obediencia hacia la Santísima Virgen.

Nuestro Padre une frecuentemente en sus escritos dos actitudes de alma para con nuestra divina Madre: la de la dependencia y la de la confianza o abandono. Así, por ejemplo, canta en uno de sus cánticos más hermosos y sustanciales:

*Estoy todo en su dependencia
Para mejor depender del Señor,
Dejando todo a su providencia:
Mi cuerpo, mi alma y mi felicidad.*

Nosotros también, después de haber hablado de sumisión y de dependencia, vamos a tratar ahora de la confianza y abandono que debemos practicar para con la Madre de Jesús y nuestra. Es cierto que esta vida de confianza no constituye ninguna de las prácticas interiores de la perfecta Devoción, que Montfort describió tan bien y recomendó tan vivamente. Pero esta confianza es una de las cinco actitudes de alma que Montfort recomienda a los hijos y esclavos de María en la explicación de la figura de Rebeca y de Jacob.



Nos parece indispensable, antes de pasar al aspecto mariano de nuestro tema, recordar el lugar importantísimo que «la fe»⁴³, la confianza y el abandono ocupan en la doctrina evangélica. El Evangelio de Cristo —evangelio significa buena nueva, mensaje de felicidad— es un evangelio de confianza. No es exagerado decir que la fe y la confianza pertenecen a la ley fundamental, a la «Constitución» misma del cristianismo, y forman una de las exigencias más netas y más importantes que Cristo haya impuesto a sus discípulos. Creemos que no hay en el Evangelio una sola prescripción que Cristo nos haya inculcado con más frecuencia e insistencia.

Ante todo, tenemos su primer gran discurso, llamado Sermón de la Montaña, en el que nos expuso en sustancia toda su doctrina. Como también en su discurso de despedida después de la Cena, la confianza y el abandono ocupan una amplia parte. Estas palabras encantadoras, que siguen siendo igual de actuales en nuestros días, no envejecen nunca:

«No andéis preocupados por vuestra vida, [preguntándoos] qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, [preguntándoos] con qué os vestiréis...

Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?...

Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, [y ved] cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si

⁴³ Es evidente que en el Evangelio la palabra «fe» no tiene sólo el sentido de que se deba reconocer que Dios y Cristo tengan el poder de socorrernos, sino que implica también la confianza de que quieran prestarnos este socorro.

a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?

No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que... ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso... Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura.

Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal»⁴⁴.

Jesús hizo a la fe y a la confianza promesas casi turbadoras: *«En verdad, en verdad os digo: el que crea en Mí, hará él también las obras que Yo hago, y hará mayores aún»⁴⁵.*

El padre del joven poseído por el demonio le dice: *«Si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros».* En la respuesta de Jesús hay indignación: *«¡Qué es eso de si puedes! ¡**Todo es posible para quien cree!**»⁴⁶.*

Y las palabras bien sabidas: *«Si tuvierais fe como un grano de mostaza [la más pequeña de las semillas], habríais dicho a este sicómoro: “Arráncate y plántate en el mar”, y os habría obedecido... Y habrías dicho a este monte: “Desplázate de aquí allá”, y se desplazaría, y nada os será imposible»⁴⁷.*

⁴⁴ Mt 6, 25-34.

⁴⁵ Jn 14, 12.

⁴⁶ Mc 9, 22.

⁴⁷ Lc 17, 6; Mt 17, 20.

Invariablemente Jesús atribuye también a la fe y a la confianza los milagros que El hace para aliviar las miserias humanas. Muchas veces, bajo una u otra forma, vuelve a darnos la preciosa garantía: *«Que te suceda como has creído... Ve en paz, tu fe te ha salvado»*⁴⁸.

Pero esta confianza es una exigencia inexorable, reclamada siempre como condición para obtener sus intervenciones divinas: *«No temas; solamente ten fe y se salvará»*, le dice al jefe de la sinagoga, Jairo, que acaba de implorar la curación de su hija⁴⁹; *«Si crees»*, le dice a Marta, que se atreve a esperar la resurrección de su hermano Lázaro, *«verás la gloria de Dios»*⁵⁰.

Donde esta confianza falta, se diría que su omnipotencia queda atada y su bondad disminuida. En Nazaret opera pocos milagros *«a causa de su falta de fe»*⁵¹. Los discípulos no habían logrado expulsar el demonio del joven sordomudo; y al pedir al Maestro la razón de este fracaso, les contesta: *«Por vuestra poca fe»*⁵².

El ejemplo de San Pedro es típico a este respecto, y muy instructivo para nosotros. La barca que lleva a los discípulos de Jesús se encuentra rudamente sacudida y agitada por la tempestad durante una noche en el lago de Genesaret. De repente ven a Jesús venir hacia ellos, caminando sobre las aguas agitadas. Al principio se asustan los muy valientes, y lanzan gritos de terror pensando que era un fantasma. Pero Jesús los tranquiliza diciendo: *«¡Animo!, que soy Yo; no temáis»*. Pedro, fogosamente, exclama entonces: *«Señor, si eres*

⁴⁸ Mt 8, 12; 9, 2; 15, 28; Lc 5, 20, etc.

⁴⁹ Lc 8, 50.

⁵⁰ Jn 11, 40.

⁵¹ Mt 13, 58.

⁵² Mt 17, 20.

tú, mándame ir donde ti sobre las aguas». Y Nuestro Señor le contesta sosegadamente: «*¡Ven!*». Pedro deja la barca y camina hacia el Maestro realmente, sobre el agua que se ha vuelto consistente. Pero a la vista de las aguas tumultuosas que lo rodean, la angustia se apodera de él repentinamente: duda y... comienza a hundirse en el abismo movedizo. «*¡Señor, sálvame!*», grita al Maestro en su peligro. Jesús extiende su mano, toma la de Pedro y lo conduce con Él a la barca: «*Hombre de poca fe*», le reprocha, «*¿por qué dudaste?*»⁵³. Muchas otras veces, hasta los últimos momentos de su permanencia entre nosotros, Jesús se verá obligado a reprochar a sus apóstoles esta falta de fe y de confianza. El, que ordinariamente era tan bueno y paciente, los reprende sobre este punto: «*increpabat eos*».



Bajo otra forma Jesús nos recomendó incansablemente la fe y la confianza, cuando nos hizo repetidas veces la promesa maravillosa de escucharnos siempre en nuestras oraciones. Es tal vez lo más asombroso de nuestro ya tan asombroso Evangelio, que nos baste «*pedir para recibir, buscar para hallar, llamar para que se nos abra*». Y no hay excusa ni pretexto alguno para ninguna falta de confianza, pues Jesús nos asegura formalmente: «**Todo** el que pide recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá». Y el buen Maestro, por medio de comparaciones, sabe convencernos de que no puede ser de otro modo: «*¿Hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pez, le dé una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!*»⁵⁴.

⁵³ Mt 14, 25-33.

⁵⁴ Mt 7, 7-11.

Así, pues, **todo** el que pide como Dios manda será escuchado. Y todo lo que pidamos nos será concedido, a condición, naturalmente, de que pidamos «cosas buenas»: «*Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis*»⁵⁵. Palabras notables: ¡creed, no que lo obtendréis, sino **que ya lo habéis recibido!** Y en San Juan nos dice: «*Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Yo lo haré*»⁵⁶. Esta misma promesa el Señor la renovó varias veces en el discurso después de la Cena.

Es posible que para nuestro bien el Señor difiera escuchar nuestra oración, o realizar nuestros deseos. Pero en este caso El mismo nos enseñó sencillamente a insistir, a seguir llamando, hasta que nuestra súplica sea atendida. Impresionantes y asombrosas son las dos parábolas conservadas por San Lucas, tal vez recibidas de nuestra divina Madre, que fue la inspiradora de este Evangelio: la parábola del hombre importuno que va a pedir pan a su amigo durante la noche —¡vaya momento para pedir!, ¿no?—, el cual se niega al comienzo pero acaba cediendo, porque su amigo «*ni siquiera lo deja descansar*»; y la del juez inicuo al que una viuda le pide justicia, y que también se niega al principio durante algún tiempo, pero concede finalmente lo que le pide, «*porque me importuna*», dice, «*y no deja de molestarme*». Así es como nosotros hemos de continuar pidiendo, sin desanimarnos jamás. Pues si el juez inicuo obra así, ¿podrá Dios resistir «*a sus elegidos, que están clamando a El día y noche?*»⁵⁷.

⁵⁵ Mc 11, 24.

⁵⁶ Jn 14, 13-14.

⁵⁷ Lc 11, 5-8 y 18, 1-8.

Por lo tanto, podemos alcanzarlo **todo** por la oración, todo lo que, naturalmente, tiene que ver con nuestra salvación, nuestra santidad y el reino de Dios.

Pero eso depende de nuestra fe y confianza: «*Se nos dará*», dice el Apóstol Santiago, pero a condición de «*pedir con fe, sin vacilar*»⁵⁸.

Así, pues, el gran interrogante, planteado ya por Jesús mismo, es el siguiente: «*Cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?*»⁵⁹.

Nada parece más hermoso ni más fácil, según las garantías formales de Jesús, tantas veces repetidas, que arraigarse en esta confianza absoluta e inquebrantable.

Por desgracia, ¡qué rara es esta confianza profunda y sin límites!

Este fenómeno indiscutible parece indicar que en la práctica esta confianza no es tan fácil de alcanzar.

Sin duda, la conciencia de nuestra debilidad, miseria e indignidad juega en ello un gran papel.

Ahora bien, la misión especial y específica de la Santísima Virgen es facilitarlo **todo**, suavizarlo todo, en la vida cristiana. También la confianza, este factor absolutamente indispensable para nuestra vida de oración, y por lo tanto para nuestra vida espiritual.

Tenemos que examinar ahora cómo María, nuestra Madre, realiza esta misión.

⁵⁸ Sant 1, 6.

⁵⁹ Lc 18, 8.

XII La Madre

Decíamos que nuestro Evangelio es un Evangelio de confianza.

Cristo nada nos recomienda más frecuente e instantemente que esta vida de confianza ilimitada en la Providencia paterna de Dios.

Sin embargo, esta confianza sin límites, que hemos de practicar en toda circunstancia, no parece tan fácil. En todo caso, raramente la tiene un cristiano en la medida en que Jesús la reclama de nosotros.

El Dios infinitamente sabio y misericordioso quiso facilitarnos el cumplimiento de este deber esencial y hacernos casi imposible la desconfianza.

Lo hizo introduciendo a la Santísima Virgen en nuestra vida sobrenatural.

Pues esta es justamente la misión específica de Nuestra Señora: facilitar todo, suavizarlo todo en la economía de nuestra salvación y santificación.

Y es que la devoción mariana es para nuestra vida cristiana lo que el aceite es en las poderosas máquinas que empujan nuestros trenes o ponen en marcha nuestras fábricas; pues exige la actuación de todas nuestras energías espirituales, para orientarlas, como a su fin, hacia la santificación y salvación del alma, tan difíciles de realizar.



En el orden sobrenatural somos niños, no, **niñitos**, «*parvuli*», que deben vivir de confianza y abandono.

El niño ¿a quién da su confianza?

No a un extraño.

¿A su papá?

Sí, no hay duda; pero no tan fácilmente ni tampoco tan completamente como a su mamá.

Es un hecho indiscutible.

Cuando el niño quiere pedir al papá un favor difícil, confía antes su secreto a la mamá, para que ella interceda ante papá.

Y la razón de ello es sin duda alguna que, si el padre es bondad y afección, no es menos en la familia el representante de la justicia y de la severidad.

Cuando hay un castigo que dar, ordinariamente el padre es quien se encarga de ello.

«¡Cuidado!», dice a veces la mamá, «si no te portas bien, se lo diré a papá!».

La madre, al contrario, no es más que bondad, misericordia y condescendencia.

En el orden sobrenatural Dios, nuestro Padre, es la Caridad y la Misericordia **infinitas**. Pero es también la infinita Justicia.

Y esto, es cierto que equivocadamente, nos detiene a veces y nos hace dudar.

Para facilitarnos la confianza, como hemos dicho, y hacernos imposible la desconfianza, Dios transmitió a la Santísima Virgen todos los oficios de su Providencia paterna para con nosotros, en el sentido de que la estableció como instrumento consciente y consintiente de todas sus bondades y de todas sus misericordias para con nosotros.

Iremos al Padre ordinariamente por la Madre.

Recurriremos a la Santísima Virgen en todas nuestras necesidades de cuerpo y alma.

Es una de las formas más importantes de la vida mariana.

Para decidirnos enérgicamente a practicar este aspecto de la vida mariana, debemos convencernos a fondo de que así puede y debe ser, y penetrarnos profundamente de las verdades doctrinales que están a la base de esta actitud de confianza y abandono.

Y, ante todo, de esta primera verdad tan extraordinaria: **María es nuestra Madre.**



María es nuestra Madre, realmente nuestra Madre, no por lo que se refiere a nuestra vida humana ordinaria, pero sí por lo que se refiere a una vida sobrehumana, la vida sobrenatural de la gracia.

Tenemos la **certeza** de esta maternidad.

El sentido cristiano universal da testimonio de ella, y el testimonio de este sentido cristiano unánime es de gran valor: bien establecido es un argumento infalible.

El magisterio ordinario de la Iglesia enseña incontestablemente esta consoladora verdad. Los Sumos Pontífices, que son los portavoces oficiales e infalibles del magisterio doctrinal de la Iglesia, vuelven sin cesar sobre esta enseñanza en sus encíclicas.

Por lo tanto, podemos y debemos aceptar con certeza la maternidad sobrenatural de la Santísima Virgen sobre los hombres.

Es interesante y edificante recordarnos las diferentes fases en que se desarrolla esta maternidad.

1º María se convierte realmente en nuestra Madre ya en el momento de la **Encarnación de Jesús.**

Pues por sus méritos, sus oraciones, su consentimiento y su cooperación física Ella nos da a Cristo, que es el principio de nuestra vida y realmente nuestra Vida misma.

Por ser Ella Madre de Cristo, enseñan León XIII y San Pío X, Ella es también Madre de los cristianos.

Por ser Ella Madre de la **Cabeza** —así razona San Pío X, siguiendo a Montfort, en su admirable encíclica *Ad diem illum*, parcialmente inspirada en el «Tratado de la Verdadera Devoción»—, Ella es también, por una consecuencia necesaria, Madre de los **miembros**, que somos nosotros.

2º María se convirtió en nuestra Madre, en segundo lugar, a consecuencia de **su colaboración** subordinada, pero real, **al misterio del Calvario**.

La vida de la gracia nos es dada por el sacrificio adorable de Jesús: su muerte opera nuestra vida.

María comparte este misterio de dolor, de muerte y de vida. Ella debió dar su consentimiento a este misterio, exigido por Dios como condición indispensable para el sacrificio de su Hijo, y así Ella inmoló espiritualmente a Jesús por nuestra salvación y vivificación sobrenatural. Con Jesús y por Jesús Ella sufrió, por los mismos fines que El, tormentos espantosos que, sin la intervención de Dios, le hubiesen costado la vida. Por eso Ella es realmente la Cosacrificadora y la Víctima secundaria del Sacrificio de Jesús. De este modo, Ella cooperó a nuestra redención y «vivificación» por la gracia. Por lo que se refiere a la vida sobrenatural, hemos nacido en el Calvario, hemos nacido del Corazón traspasado de Jesús, y también del Corazón purísimo de María, traspasado por una espada de dolor.

Por este motivo Jesús dice en este momento a San Juan, y en su persona —como afirmaron los Papas en repetidas ocasiones— a

todas las almas cristianas: «*Ahí tienes a tu Madre...* Ahí tienes a Aquella que, en comunión con mi amor y mis dolores, te engendra a la vida de la gracia».

3º Finalmente, María es nuestra Madre en cuanto **Mediadora de todas las gracias**. Pues la gracia santificante es, propiamente hablando, la vida sobrenatural de nuestra alma. Ahora bien, todas las gracias, entre ellas la gracia santificante, nos vienen por y de María, no sólo de manera remota por su intervención en la Encarnación y en el misterio del Calvario, sino también de manera inmediata, porque son dadas, comunicadas y aplicadas a nuestras almas por María. Ella es la ministra principal de la distribución y de la donación de las gracias, como enseñan los Papas. Ella nos comunica realmente la vida sobrenatural, no por su propia virtud, sino por el poder y fuerza de su Hijo. Ella es, pues, nuestra Madre.

Realmente nuestra Madre, en el sentido propio de la palabra, y no en un sentido amplio y figurado. Ella no es sólo **como** una madre, buena, caritativa, compasiva; sino que Ella **es** nuestra Madre, porque de más de un modo Ella nos transmite la vida sobrenatural, que Ella posee en plenitud.

María es realmente nuestra Madre. También lo es **plenamente**, mucho más que aquella a la que damos este dulce nombre en la tierra.

Es más Madre nuestra que nuestra madre de la tierra, primeramente, porque esta última nos dio una vida preciosa, es cierto, pero simplemente **humana**, mientras que a la Santísima Virgen le debemos una vida **sobrehumana** y realmente **divina**, puesto que la gracia es una participación de la vida misma de Dios.

Mucho más Madre nuestra también, porque su influencia en nuestra vida de gracia es mucho más profunda y duradera que la acción de la madre ordinaria en la vida de su hijo. Este crece poco a

poco y se hace cada vez más autónomo en su existencia y en sus acciones. Y llega un tiempo en que el hijo, a pesar de seguir debiendo a su madre el respeto, afecto y agradecimiento, queda totalmente desligado e independizado de aquella que le dio el ser. Es el curso natural de las cosas.

No sucede así con nosotros respecto de nuestra Madre divina. Para ella seguimos estando en la misma dependencia estrecha después de veinte, treinta o cincuenta años que en el primer momento de nuestra generación sobrenatural. Y es que hemos de seguir recibiendo de Ella **todas** las gracias. No se nos concede ningún aumento de gracia, ni se ejerce sobre nosotros ninguna influencia de la gracia, más que por la intervención de Nuestra Señora. Ni siquiera puedo tener un buen pensamiento, ni decidir por la mañana asistir al santo sacrificio de la Misa, ni prepararme dignamente a recibir el sacramento de Penitencia, sin el socorro actual de la Santísima Virgen. Somos y seguimos siendo dependientes de la Santísima Virgen, como dice Montfort, tanto y más de lo que depende de su madre el niño que ella lleva en su seno y que debe recibirlo absolutamente todo de ella.



Una consideración más.

Nos quedamos llenos de emoción y admiración ante la bondad y abnegación de las madres. ¿Hay algo más hermoso en el mundo, en el orden natural, que el corazón de una madre?

Es la obra maestra de Dios. Las madres no pueden hacer otra cosa que ser un amor y una bondad viviente para sus hijos.

Desde entonces una cosa es cierta: y es que Dios ha puesto en el corazón de la Santísima Virgen los sentimientos que convienen a su incomparable maternidad sobre nosotros. Su maternidad supera

la maternidad ordinaria de nuestras madres tanto como el cielo se eleva por encima de la tierra, y como la vida divina de la gracia supera la simple vida humana. La distancia es casi infinita.

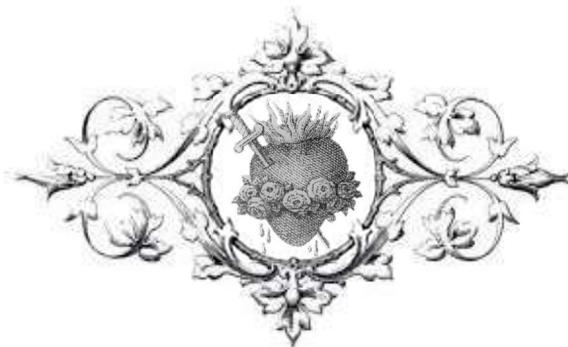
Este pensamiento nos hace intuir de lejos la maravilla que debe ser el Corazón materno de María. Nos hace palpar la verdad de la afirmación de Montfort, traducido por el santo Cura de Ars con estas impresionantes palabras: *«Fundid en uno solo los corazones de todas las madres de todos los tiempos y de todos los lugares de la tierra. Creeréis haber conseguido un brasero de amor. Pero yo os digo que no habréis conseguido más que un montón de hielo, si lo comparáis con el amor que la Santísima Virgen tiene por cada uno de sus hijos».*

¡Esta es nuestra Madre del cielo!

O, mejor dicho: estos son algunos balbuceos miserables para tratar de describir su amor materno.

A esta Madre podemos y debemos dirigirnos en todas las dificultades de nuestra vida.

Tomemos la firme resolución de hacer subir sin cesar hacia esta Madre la oración suplicante de la Iglesia: *«Monstra te esse Matrem!»* ¡Muestra que eres nuestra Madre!



XIII

La misión de la Madre

En la vida de la gracia María es nuestra Madre, real y plenamente nuestra Madre, más Madre nuestra en el orden sobrenatural que nuestras madres de la tierra en el orden natural. Sus sentimientos maternos, y especialmente su amor materno, son proporcionados a esta maternidad realísima y elevadísima. Ella nos ama con un amor más fuerte y tierno que el de todas las madres del mundo entero y de todos los tiempos, si su amor fuera recogido en un solo corazón de madre y concentrado sobre un solo hijo.

¿Queremos conocer ahora la misión de la Santísima Virgen respecto de nuestra vida de la gracia? Basta analizar la misión de una madre ordinaria, y transponer esta misión al orden sobrenatural, en un grado de perfección mucho más elevado. Y es que, en el pensamiento de Dios, el mundo sobrenatural es el tipo original del mundo de la naturaleza. Sobre el modelo del Corazón de María, y no a la inversa, ha sido formado el corazón de nuestras madres.

La madre da la vida a su hijo. Pero cuando el hijo ya ha nacido, la misión de la madre no se da por terminada, ni mucho menos. Ella debe ahora prodigar a esta pequeña vida que acaba de abrirse mil cuidados incesantes, noche y día. Ella debe velar ante todo porque esta vida no perezca bajo toda clase de influencias peligrosas y dañinas. Luego debe tener cuidado de que el niño crezca y se desarrolle, tanto en el cuerpo como en el alma. El papel de la madre aquí es inmensamente importante. Día a día, hora a hora, ella debe proveer a su hijo todo lo que le es necesario o útil para el pleno desarrollo de su vida humana: alimento, vestido, y también instrucción, dirección, aliento, educación, etc. La madre sólo puede considerar concluida su misión cuando su hijo haya llegado al pleno desarrollo físico y moral de su personalidad humana.

Ahí se nos muestra claramente cuál es la misión de la Santísima Virgen en nuestra vida. Después de habernos dado la vida de la gracia, Ella debe proteger esta vida contra los peligros que la amenazan, por medio de una influencia incesante y profundamente operante. Ella debe también hacer crecer y desarrollarse esta vida, como una flor al sol. Su misión es llevarnos al grado de vida divina y de perfección cristiana a que Dios nos llama, y conducirnos así a la bienaventuranza eterna, que es el último fin de nuestra existencia en la tierra. Con otras palabras: Ella debe proporcionarnos todo lo que es necesario o útil para nuestra santidad y salvación eterna.

Decimos **todo** lo que es necesario o útil. Ante todo, lo que de suyo es sobrenatural: aumento, y si es preciso, restitución de la gracia santificante, virtudes infusas y dones, las innumerables inspiraciones e influencias de la gracia que son necesarias para nuestra formación sobrenatural. Pero también todo lo que, aunque sea natural en su esencia, pueda contribuir a nuestro progreso espiritual y a nuestra bienaventuranza eterna, como por ejemplo las luces intelectuales, los consuelos del corazón, las fuerzas corporales, una cierta medida modesta de bienes temporales, etc. Todo eso pertenece incontestablemente a la esfera de influencia de nuestra divina Madre.

Y esta misión vasta y múltiple la Santísima Virgen la cumple gustosamente, primeramente, a causa de su afección incomparable por nosotros: las madres se alegran de ponerse al servicio de sus hijos, aunque sea a su propia costa. Si manifestáramos compasión a una madre por su vida de cuidados incesantes y de trabajo penoso en la educación de sus hijos, ella manifestaría compasión a su vez por nuestra poca comprensión, y nos contestaría con un encogimiento de hombros: «¡Pero para eso se es madre!».

Esta misión Nuestra Señora la cumple gustosamente y con entera fidelidad, en segundo lugar, porque esta es la misión que Dios

le ha confiado, y realmente porque este es su «deber de estado», deber infinitamente más importante y urgente que el que impone la maternidad ordinaria, puesto que en este caso se trata de una vida mucho más rica y preciosa. Y cuando oigas explicar delante tuyo las consideraciones habituales: que María **puede** ayudarnos porque Ella es poderosa, que Ella **quiere** ayudarnos porque Ella es buena, añade audazmente este pensamiento decisivo: que Ella **debe** socorrernos, porque Ella es nuestra Madre.



Esta es, de manera **general**, la misión materna de María.

¿Quieres saber ahora **en detalle** qué comporta esta magnífica misión de Nuestra Señora? Abre la obra incomparable de nuestro Padre sobre la verdadera Devoción a María. Pienso que nadie expuso de manera tan clara, límpida y completa los buenos oficios que nuestra divina Madre cumple con nosotros. ¡Qué bien nos hará repasar y meditar de nuevo estos textos preciosos!⁶⁰.

1º María **ama** a sus hijos, con un amor al mismo tiempo tierno y eficaz. «*Ella espía las ocasiones favorables para hacerles bien, engrandecerlos y enriquecerlos. Como Ella ve claramente en Dios todos los bienes y los males, los sucesos prósperos y adversos, Ella dispone las cosas para librar de toda clase de males a sus servidores, y para colmarlos de toda clase de bienes*»⁶¹.

2º Ella **mantiene** a sus hijos en todo lo requerido para el cuerpo y para el alma. «*Ella les da a comer los platos más exquisitos de la mesa de Dios; les da a comer el pan de vida que Ella ha formado,...y a beber el vino de su amor... Como Ella es la tesorera y la*

⁶⁰ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción nn. 201-212.

⁶¹ Tratado de la Verdadera Devoción n. 203.

dispensadora de los dones y de las gracias del Altísimo, da de ellos una buena porción, y la mejor, para alimentar y mantener a sus hijos y servidores»⁶².

3º Ella los **conduce y dirige** según la voluntad de su Hijo. «*María, que es la Estrella del mar, conduce a todos sus fieles servidores a buen puerto; les muestra los caminos de la vida eterna; les hace evitar los pasos peligrosos; los conduce de la mano en los senderos de la justicia; los sostiene cuando están a punto de caer; los reprende como caritativa Madre cuando faltan; y alguna vez hasta los castiga amorosamente»⁶³.*

4º Ella los **defiende y protege** contra sus enemigos. «*María, la buena Madre de los predestinados, los oculta bajo las alas de su protección, como una gallina a sus polluelos; les habla, baja hasta ellos, condesciende en todas sus flaquezas; los rodea para preservarlos del buitre y del gavilán; y los acompaña como un ejército en orden de batalla... Esta buena Madre y poderosa Princesa de los Cielos despacharía batallones de millones de ángeles para socorrer a uno de sus servidores antes de que se diga alguna vez que un fiel servidor de María, que ha confiado en Ella, sucumbió a la malicia, al número y a la fuerza de sus enemigos»⁶⁴.*

5º En fin, el mayor bien que esta amable Madre proporciona a sus fieles devotos, es **unirlos a su Hijo** con lazo muy íntimo, y conservarlos en esta unión. «*¡Oh, qué bien acogido junto a Jesucristo, el Padre del siglo futuro, es un hijo perfumado con la fragancia de María! ¡Oh, qué pronta y perfectamente es unido a Él!... María conserva a sus hijos en Jesucristo, y a Jesucristo en ellos; los guarda y*

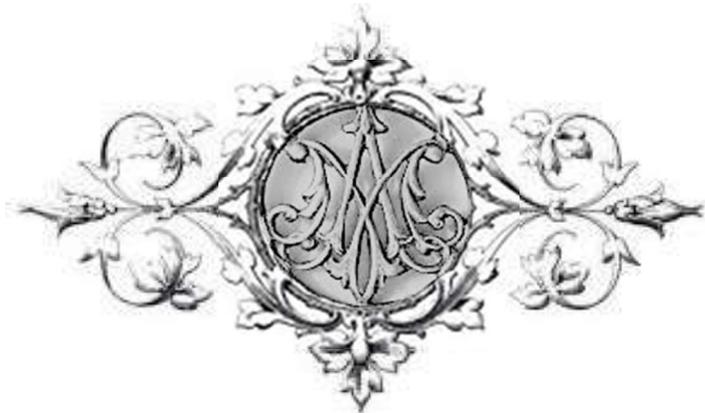
⁶² Tratado de la Verdadera Devoción n. 208.

⁶³ Ibid. n. 209.

⁶⁴ Ibid. n. 210.

cuida siempre, por temor de que pierdan la gracia de Dios y caigan en los lazos de sus enemigos»⁶⁵.

Cada uno de nosotros tiene derecho a estas intervenciones preciosas de nuestra divina Madre. Y cada uno de nosotros experimentará estas maravillas con una condición, y es que no nos apoyemos en nosotros mismos ni en otras creaturas, sino que apaciblemente pongamos en Ella toda nuestra confianza y traduzcamos esta confianza en una oración humilde, fervorosa, filial y perseverante.



⁶⁵ Tratado de la Verdadera Devoción nn. 211 y 212

XIV

Mediadora de todas las gracias

Decíamos que el papel, la misión y el deber de la Santísima Virgen, como Madre de las almas, es proporcionarles todo lo que les es necesario o útil para su salvación o santificación.

Ella cumplirá gustosamente con esta misión y deber a causa de su incomparable amor materno, que supera con creces el afecto de todas las madres de la tierra, aunque se concentrara en un solo hijo.

Pero ¿está Ella en condiciones de satisfacer las necesidades de sus innumerables hijos?

Pues hay madres buenas, abnegadas y llenas de afecto, pero que son impotentes para proporcionar a sus hijos lo que ellos requieren para el cuerpo y para el alma.

¡Cuánto debieron sufrir nuestras madres de familia, y cuánto deben seguir sufriendo en muchos países, al no poder alimentar y vestir convenientemente a sus hijos enflaquecidos, y al verlos, impotentes, perecer de miseria y de indigencia ante sus ojos!

¿Hay espectáculo más trágico que el de una madre que solloza de desesperación junto al lecho en que sufre o agoniza su hijo, porque se siente impotente para arrancar de la muerte, aunque fuese al precio de su propia vida, al hijo que ama con toda su alma?

Cristianos, nosotros no tenemos una Madre impotente: sino que nuestra Madre es **todopoderosa**. No con una omnipotencia que venga de Ella misma, pues Ella es creatura; sino de una omnipotencia que le es comunicada por Dios mismo: Ella es la **Omnipotencia suplicante**, como la llama la Tradición cristiana. Su oración es siempre conforme con los designios divinos, y está orientada hacia la mayor

gloria de Dios. Por eso, Ella no se ve nunca rechazada, y alcanza siempre infaliblemente lo que Ella pide. Sus oraciones son órdenes...

Siempre nos enseñaron esto. Lo creemos y estamos convencidos de ello. Esta convicción debe arraigarse aún más profundamente en nuestras almas. Debemos tener claramente ante el espíritu los fundamentos doctrinales de esta convicción.



1º La oración de Nuestra Señora es infaliblemente escuchada, porque Ella es **Reina de todos los Santos**. Nos dirigimos con confianza a San Antonio, a Santa Teresita del Niño Jesús, a San Luis María de Montfort. La experiencia nos demuestra que la oración de estos santos tiene gran fuerza ante Dios, justamente **porque son santos**. María es más santa que los demás santos, más santa aún que todos los demás santos juntos. El grado de su gracia y de su gloria, y por lo tanto el grado de su unión con Dios, supera el de todos los santos y ángeles reunidos. San Anselmo hace la suposición imposible de que todos los bienaventurados y ángeles recen en un sentido, y Nuestra Señora sola en sentido contrario: y dice que en este caso sería María, sin duda alguna, quien ganaría la partida.

2º La oración de María es infaliblemente escuchada, en segundo lugar, porque Ella es **Madre de Dios**. Cuando uno u otro santo solicitan un favor, es un humilde servidor, una pequeña sirvienta, quienes se dirigen a Dios. Pero cuando la voz de María se hace oír, es la voz de la Madre del Todopoderoso. Y si una madre no puede negar nada a su hijo, tampoco un hijo bien nacido puede rechazar la súplica de su madre, si lo que ella le pide es bueno y razonable, y no supera el poder de su hijo. ¿Acaso Jesús, que ama a su Madre con un amor nunca igualado, podrá resistirse a las oraciones de Nuestra Señora, cuando lo que Ella le pide es siempre justo y razonable, pues Ella reza según la voluntad y los designios de

Dios, que Ella ve claramente en su Esencia, y lo que Ella pide está siempre en los límites de su poder, puesto que, en cuanto Dios, Él es Todopoderoso y no tiene más que querer para hacer?

3º La oración de María es infaliblemente escuchada, además, porque Ella es **Corredentora** con Jesús, y las gracias que Ella solicita por nosotros las ha **merecido** realmente, aunque sólo sea con un mérito de conveniencia, por su vida de humildad, pobreza y santidad, y sobre todo por su colaboración generosa con Cristo en el Sacrificio de la Cruz.

El salario que merecemos por nuestro trabajo nos corresponde en toda justicia: podemos disponer de él como mejor nos parezca. Las gracias y favores que la Santísima Virgen solicita para nosotros por sus oraciones son como la ganancia o salario de su vida sacrificada y sobre todo de su participación a los misterios de la Pasión y muerte de Jesús. Por eso, sin lugar a dudas, Ella puede hacer valer ciertos derechos sobre estos dones y gracias; Ella puede, de común acuerdo con Jesús, disponer de ellos en favor de quien Ella quiera. Y es evidente que Dios respetará estos derechos y realizará unos deseos tan sólidamente fundados. Nuestra Señora, más o menos, reza como sigue: «Señor de toda grandeza y de toda bondad, Aquella a quien Os habéis dignado amar por encima de toda creatura pide que tal y cual gracia, adquirida y merecida por Ella en colaboración con Vuestro y su único Jesús, se aplique a tal alma, que Ella designa a Vuestra infinita Bondad y Misericordia». Salta a la vista que semejante oración no puede no ser escuchada.

Este es principalmente el motivo por el cual, según la expresión de León XIII, se ha concedido a María un poder casi ilimitado en la distribución de las gracias: Aquella que fue Cooperadora de Cristo en el misterio mismo de la Redención, debía ser también asociada a la distribución de las gracias provenientes de

esta Redención⁶⁶. Y este es también el motivo por el que, según una expresión de San Bernardino de Siena, citada igualmente por León XIII, Ella distribuye las gracias de Dios a quien quiere, cuando quiere, cuanto quiere y como quiere⁶⁷.



De este modo la oración de María es infaliblemente escuchada. Su oración no se diferencia solamente de la oración de los demás santos por un grado distinto de fervor, de intensidad y por ende de poder, sino que es de una especie distinta, perteneciente a un orden superior: su oración entra en el orden de la intercesión misma de Cristo, porque Ella misma fue elevada a un orden de existencia superior. Su oración, es cierto, sigue siendo siempre una humilde súplica. Pero, por otra parte, como es la oración de la Madre de Dios y de la Corredentora con Cristo, es además la expresión de un querer, de una voluntad siempre respetuosa pero también siempre respetada, de que tal gracia, fruto de su colaboración y de su compasión con Cristo, sea aplicada al alma que, en su bondad y solicitud maternales, Ella designa a la infinita munificencia divina.

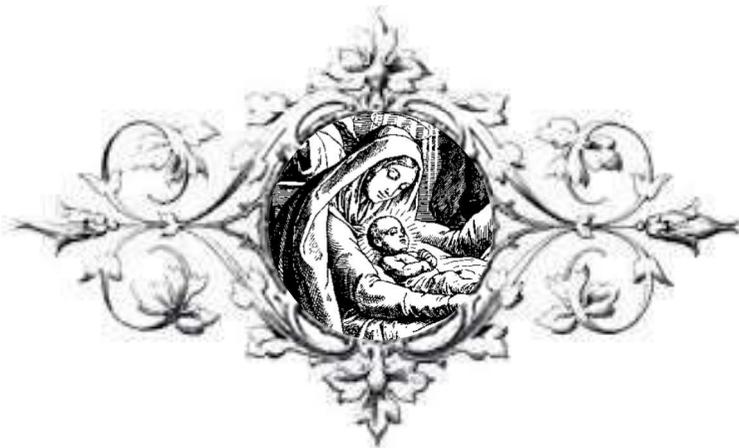
Decíamos que debemos apelar a menudo a la maternidad de María respecto de nuestras almas. Apelemos igualmente a la espléndida prerrogativa de su Mediación universal, de que Dios la revistió.

Recemos más o menos en el siguiente sentido: «¡Dadora encantadora de todos los bienes de Dios, generosa Mediadora de todas las gracias, acuérdate de que Dios te ha hecho lo que eres en favor de la pobre humanidad! Ejerce ahora también conmigo,

⁶⁶ Encíclica *Adiutricem populi*.

⁶⁷ Cfr. también Tratado de la Verdadera Devoción n. 25.

miserable como soy, la misión sublime que Dios te ha confiado. Te es un placer y una dicha socorrer con tus bienes a los pobres y necesitados. Yo soy el más pobre de los pobres. Inclínese, pues, tu Corazón misericordioso hacia mi miseria, y ábranse generosamente tus manos de abundancia y de bendición sobre mi indigencia. ¡Mediadora de todas las gracias, ruega por mí! ¡Distribuidora generosa de todos los dones de Dios, apiádate de mí!».



XV

A ejemplo de Jesús

Pocas verdades en nuestra santa religión son tan consoladoras como la del Cuerpo místico de Cristo, doctrina sobre la que, en estas últimas décadas, se sintió atraída particularmente la atención de la Iglesia docente y discente. Formamos con Cristo un solo y mismo Cuerpo místico, del que Él es Cabeza y nosotros miembros.

Los miembros comparten a su modo todo lo que pertenece a la Cabeza. Por regla general hay que admitir que todo lo que es cierto de la Cabeza debe verificarse, guardando las debidas proporciones, en los miembros que somos nosotros. San Pablo, que es el doctor de esta sublime doctrina, forjó toda una serie de palabras nuevas para expresar nuestra participación en los misterios de Jesús. Y las leyes que rigen esta solidaridad con Cristo son ordinariamente tales que nosotros compartimos en nuestra vida sobrenatural y divina los misterios que Jesús vivió en su vida natural y humana. Esto no ha de extrañarnos desde el momento que recordamos que nuestra santificación o «divinización» por la gracia es el fruto precioso y el sublime equivalente de la «humanización» o Encarnación del Hijo de Dios, y que, después de todo, el plan divino se resume en un Dios-hombre y un hombre-Dios, un Dios que se hace hombre para que el hombre, en cuanto es posible, se haga Dios⁶⁸.

De este modo Jesús, en su vida humana, murió, fue sepultado y resucitó: y nosotros, de modo espiritual, hemos de morir, ser sepultados con Él en el orden moral, resucitar con Él a una vida nueva,

⁶⁸ Sabemos todos perfectamente que por la gracia santificante no nos hacemos Dios mismo, sustancial y personalmente. La gracia es una «participación de la naturaleza divina», de modo parecido a como el hierro sumergido en el fuego participa de todas las propiedades del fuego, sin cambiar por eso de naturaleza.

santa, superior, y habitar con Él en el cielo con el corazón y el pensamiento. Igualmente, Jesús, según su vida humana, nació de la Virgen María: y también nosotros hemos de recibir de esta divina Madre la vida sobrenatural de la gracia.

Pues bien, la Santísima Virgen fue para Jesús Niño y Adolescente la Providencia creada y el instrumento del Padre para proporcionarle todo lo que El necesitaba en el plano humano y temporal: alimento, vestido, mantenimiento, etc. Por voluntad de Dios Ella instruyó también a Jesús Niño y le dio una educación cuidada, de la que Él no tenía necesidad ni en cuanto Dios ni en cuanto hombre, pero que quiso recibir por humildad, porque quiso sernos semejante en todo excepto el pecado, y también para enseñarnos lo que podemos esperar de su Madre, que es también la nuestra, y lo que nosotros debemos ser y hacer para con Ella. Nuestra Señora cuidaba de su Hijo que crecía, con una indecible ternura y una fidelidad admirable. Jesús aprendió de Ella —únicamente con ciencia humana experimental, pues con ciencia divina y ciencia infusa Jesús conocía todo eso de manera mucho más perfecta que su Madre— toda clase de conocimientos humanos y prácticos. Se puede decir en este sentido que Jesús aprendió de su Madre a caminar, a hablar, a leer, a rezar, a trabajar, etc.

A causa de nuestra unión con Cristo, la Santísima Virgen nos debe estos mismos cuidados maternos para formarnos y hacernos crecer en la vida sobrenatural. Es su deber proporcionarnos todo lo que nos es necesario o útil en este orden de cosas. Todos nosotros le hemos sido confiados en Cristo por el Padre. Ella ve y ama a Jesús en nosotros, y continúa prodigándole en nosotros sus cuidados más tiernos y maternos. Pío XII afirma neta y formalmente esta verdad en el magnífico epílogo mariano de la gran Encíclica *Mystici Corporis*, en el que, después de haber enseñado la doctrina, tan apreciada por Montfort, sobre la maternidad de María sobre todo el Cuerpo místico, Cabeza y miembros, el Santo Padre continúa: «*Ella prodiga*

al Cuerpo místico de Cristo... el mismo maternal cuidado y la misma intensa caridad con que calentó y amamantó en la cuna al tierno Niño Jesús».

Y Jesús acepta con diligencia estos cuidados amorosos de su bendita Madre. Como el niño más sencillo, confiado y amante, pedía sin cesar el auxilio de su santísima Madre. Recurría a Ella cuando tenía hambre o sed, o cuando, como niño, deseaba descansar. Cuando deseaba conocer algo con experiencia humana, a Ella le planteaba ordinariamente sus preguntas. Ella es quien secaba sus lágrimas de niño, y Ella lo consolaba en sus dolores más profundos. Consultaba sus dificultades con Ella, aunque, como volvemos a repetir, no tenía ninguna necesidad de sus luces ni en cuanto Dios ni en cuanto hombre. Ella era su ayuda, su recurso en todas las cosas, como toda madre prudente y amante lo es para sus hijos, sobre todo para sus hijos pequeños.

De este modo también nosotros podemos y debemos, a **ejemplo de Jesús**, recurrir a nuestra Madre amadísima en todas las circunstancias difíciles, humildes o graves, de nuestra vida.

A ejemplo de Jesús. Pero, lo que es aún más hermoso y eficaz: en unión, no, en *unidad* con Jesús. Así es como podemos rezar, y debemos recomendar este modo especialmente en las grandes pruebas de la vida, porque al parecer obra irresistiblemente sobre el Corazón de nuestra Madre: «Mira bien, Madre, quién es el que se echa a tus pies. Es Jesús mismo, pues soy una porción de Cristo. Por lo tanto, Jesús mismo es quien te habla, quien te pide: ¡Madre, la mano de Jesús está herida, Tú debes vendarla!... ¡Madre, el ojo de Jesús está enfermo; Tú debes curarlo!... ¡Madre, el corazón de Jesús está triste: Tú debes consolarlo!... ¡Madre, en resumidas cuentas, Jesús es quien necesita tu socorro: Tú no puedes negárselo! ...».

¡Qué verdades conmovedoras nos enseña nuestra fe! ¡Qué grandeza incomparable nos confiere nuestra condición de cristianos! ¡Audacia maravillosa, que el dogma católico justifica!

¿Y cómo una oración semejante dejaría de llegar hasta el Corazón de Nuestra Señora, y de asegurarnos su preciosísima asistencia?



Murillo Esteban Bartolomé, "San Agustín con la Virgen y el Niño Jesús, 1664-70, Museo de bellas Artes de Sevilla, España.

XVI

Nuestra pertenencia a Nuestra Señora

Queremos establecer nuestra vida de confianza con nuestra divina Madre sobre bases sólidas e inmovibles.

Tengamos confianza en Ella, porque Ella es **la Madre** de nuestra vida de gracia, y por consiguiente Ella debe proporcionarnos todo lo que, directa o indirectamente, es necesario o útil al pleno desarrollo de esta vida sobrenatural.

Tengamos confianza en Ella, porque Ella puede lo que quiere, por ser **la Omnipotencia suplicante, la Mediadora de todas las gracias**, encargada por Dios de distribuirnos y comunicarnos todos sus dones excelentes.

Recurramos sin cesar a su intercesión, porque somos **los miembros del Cuerpo místico de Cristo** y, como consecuencia de ello, tenemos el derecho y el deber de esperar de Ella, por lo que se refiere a la vida de la gracia, lo que, como instrumento del Padre, Ella proporcionó a Jesús por lo que se refiere a su vida humana.

Pedimos ahora a nuestros lectores que presten una piadosa atención a otro fundamento sólido de esta «vida de confianza»: **nuestra pertenencia total a María**, sobre todo en calidad de esclavos suyos de amor, nos confiere derechos particulares a su incesante asistencia y protección.



Un esclavo de amor de Nuestra Señora hace por Ella todo lo que sea posible. Reconoció prácticamente todos sus derechos sobre él y se adaptó totalmente a todos sus privilegios: Corredención, Mediación universal, Maternidad espiritual y Realeza. Sin duda que puede y debe esforzarse por vivir cada vez mejor su pertenencia total y realizar más perfectamente la dependencia entera que le ha

prometido. Pero es imposible, en principio, hacer más de lo que ha hecho y darle aún más, puesto que, por caridad desinteresada, le ha entregado realmente **todo**. No hace falta decir que la Santísima Virgen amará especialísimamente a estas almas y vendrá en ayuda de ellas de manera excepcional.

Volvemos a encontrar aquí la aplicación de estas espléndidas leyes de retorno y compensación cuya existencia e importancia señala y subraya tantas veces el Evangelio. «*Dad y se os dará*», dice Jesús⁶⁹. En la misma línea y según la misma ley, San Luis María de Montfort nos afirma que a su vez María se da a quienes se dieron a Ella; y vuelve muchas veces sobre esta consoladora verdad: «*La Santísima Virgen, que es Madre de dulzura y de misericordia, y que jamás se deja vencer en amor y en liberalidad..., se da por entero y de una manera inefable a aquel que le da todo... Ella lo apoya con su poder; lo esclarece con su luz; lo abrasa con su amor...; Ella se hace su fianza, su suplemento y su querido todo para con Jesús. En fin, como esta persona consagrada es toda de María, María es también toda de ella... Esto es lo que produce en su alma, si es fiel...: una gran confianza y un gran abandono en la Santísima Virgen, su buena Soberana*»⁷⁰.

Una cosa más. No nos hemos entregado a María sólo como un depósito, sino que realmente nos hemos **dado en propiedad**. Le pertenecemos realmente como su cosa y su bien propio. Ahora bien, nadie podrá negar que, si bien cuidamos de lo que nos ha sido **confiado**, redoblamos la vigilancia cuando se trata de lo que es **propiedad** nuestra. Pertenecemos realmente a María. Por lo tanto, Ella velará con celo por lo que es de Ella. Ella apartará de nosotros todo lo que puede dañarnos y nos proporcionará con amor todos los

⁶⁹ Lc 6, 38.

⁷⁰ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción, nn. 144-145.

medios útiles para crecer en gracia y en virtud, y realmente en la vida de Dios.

Todo esto viene confirmado por la experiencia de cada día. Los consagrados a Nuestra Señora, los esclavos de amor de la divina Madre experimentan sin cesar la solicitud maternalísima y preciosísima con que los rodea esta divina Madre. Centenares y miles de veces hemos oído decir a nuestros esclavos de amor, o hemos leído en sus cartas, palabras como las que siguen: «Desde mi Consagración todo cambió en mi vida. Me siento en paz, tranquilo, lleno de una confianza sosegada y de una dicha profunda. **Siento** que alguien vela por mí, que alguien cuida de todo, y que yo soy como guiado por encima de todas las dificultades y a través de todos los obstáculos: es María, mi buena Madre, que realmente se encarga de todo».

Así, pues, recurramos de ahora en adelante a la dulce Virgen, nuestra Madre —volveremos sobre ello en detalle— en nuestras tentaciones, en nuestras penas, en nuestras dificultades. Podremos hacerlo a menudo con palabras de la Escritura; pues es algo notable que los Salmistas insisten en su pertenencia total a Dios, en su «santa esclavitud», para pedir auxilio a Dios en sus pruebas y necesidades. Podremos, pues, usar estas mismas palabras al dirigirnos a Nuestra Señora, a quien pertenecemos por entero, y que es el instrumento de las misericordias divinas para con nosotros.

«Tuyo soy: ¡sálvame!...

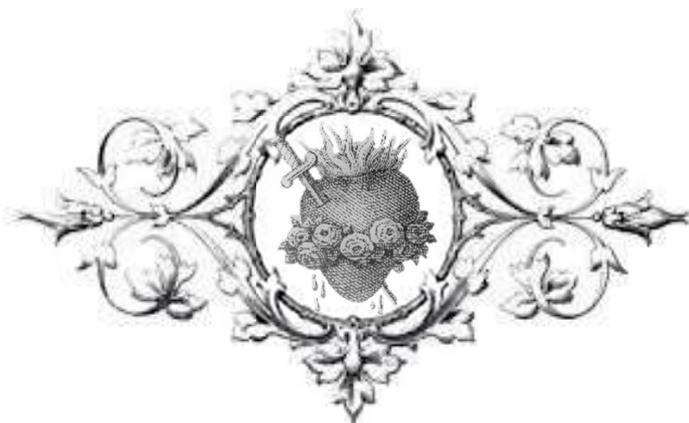
Trata a tu siervo según tu misericordia...

Soy tu esclavo de amor: dame inteligencia y luz...

Haz brillar la luz de tu rostro sobre tu esclavo de amor...

Me he descarriado como oveja perdida: ven en busca de tu esclavo de amor, porque no me he olvidado de tus voluntades...»⁷¹.

No podríamos acabar mejor este capítulo que con las siguientes palabras, en que nuestro Padre repite y condensa los pensamientos que acabamos de recordar: «¡Oh, qué feliz es el hombre que lo ha dado todo a María, que se confía y se pierde en todo y para todo en María! Es todo de María, y María toda de él. Puede decir intrépidamente con... el discípulo amado: «*Accepi eam in mea*»: La he tomado por todo mi bien; o con Jesucristo: «*Omnia tua sunt, et omnia tua mea sunt*»: Todo lo que tengo es vuestro, y todo lo que vos tenéis es mío»⁷².



⁷¹ Sal 118, 94.124.125; 30, 17; 118, 176.

⁷² Tratado de la Verdadera Devoción n. 179.